

Desde luego, hay propósito en todo esto. No soy ateo, pero no puedo estar de acuerdo con los hombres que hablan de Dios como si hubiera asistido una vez al reparto anual de premios en su colegio teológico. Aquella blanca llama, trémula, apresurada, delicada, no era Dios, pero era un sentimiento combinado de atracción y temor, nacido de una sensación de comunión con lo divino. Podríamos decir que se movía hacia y desde un Ser inimaginablemente creador, alejándose y acercándose a un Absoluto cegador, posiblemente a través de la historia de mil millones de planetas. Porque, sea lo que fuere este universo, lo evidente es que se trata de un universo muy grande y extremadamente complicado. Por tanto, deben contener innumerables niveles de ser, respecto a los cuales no sabemos más que sabe un escarabajo respecto al funcionamiento de la British Association. Los hombres que poblamos la tierra nos hallamos probablemente a un nivel muy bajo, pero tenemos nuestra tarea, como otros órdenes de seres superiores. En lo que yo alcanzo a ver—y no reivindico para mí una visión profética—, esa tarea consiste

en aportar consciencia a la vida en la tierra, o, como escribió Jung en su vejez, «encender una luz en las tinieblas del mero ser».

No podemos efectuar este servicio, como no podemos ni siquiera disfrutar de una vida buena, a menos que nuestras mentes y personalidades sean libres para desarrollarse a su modo, fuera de los férreos moldes de los Estados y sistemas totalitarios, estrechas y autoritarias iglesias, y una opinión científico-positivista igualmente estrecha y dogmática. Sucede que estas tres cosas pesan ahora sobre nosotros, de modo que, mientras los hombres han vivido siempre en el riesgo, nuestra situación presente es insólitamente precaria. Hemos llegado a una complicada encrucijada, donde todos los caminos, menos uno—el menos conspicuo, no una grande y ruidosa carretera—, resultarán desastrosos.

He escrito este libro con la creencia de que la elección del camino justo—una decisión que puede ser definitiva, si no para toda nuestra especie, sí al menos para nuestra civilización—no puede separarse de las relaciones entre el Hombre y el Tiempo.

Hierba nueva nace alrededor de la base de un árbol seco. La vida, la muerte, la renovación..., el proceso continúa y perdura más allá de las camisas de fuerza que imponen las falsas ideas sobre el Tiempo.

